

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

La inviolabilidad.

Soñaba yo que en silenciosa noche, me hallaba sentado al pié de un alcornoque en las fértiles inmediaciones de Tetuan. Cerca del sitio en que me encontraba habia un espeso bosque, en uno de cuyos claros, abiertos por el hacha de nuestros valientes cazadores, se veían en confuso tropel una porcion de aves y cuadrúpedos, hablando y gesticulando ni mas ni menos que si fueran diputados reunidos en el salon de conferencias para tratar de un grave asunto de Estado. Así era en efecto; puesto que, convenidos al parecer en la manera de llevar á cabo su negocio, el tumulto fué calmándose poco á poco, restableciéndose el orden, y aves y cuadrúpedos se sentaron cómodamente en el mondo suelo. Durante los breves momentos de silencio que siguieron á este acto, pude observar que la asamblea se componia de una porcion de monas, micos y titís, de varios colores y tamaños; pero vestidos todos con decencia y lujo; de algunas zorras, de bastantes loros, de un galgo, de una liebre, de un burro, cuya corpulencia descollaba mejestuosa sobre sus mezquinos compañeros.—«No sé, me dije yo, dormido por supuesto, por qué se han de encontrar borricos en todas partes. ¿Será porque estos animales son tan útiles al hombre como pacientes con sus malos tratamientos?»—Sabe Dios hasta donde hubiera ido á parar con mis reflexiones filosóficas, si no las interrumpiese el asno, quien, enderezando sus magníficas orejas, enarcando el rabo, y puesto en cuarta arrojó un ¡Señores! con voz tan potente y clara, que por espacio de algunos segundos estuvo repitiéndolo el eco de valle en valle y de monte en monte. La reunion y yo nos hicimos todo oídos para escuchar, y el burro prosiguió con la gravedad característica de los de su alcurnia:—«Señores;

escusado me parece recordaros el funesto resultado de la guerra, sostenida en mal hora, por los marroquíes contra los españoles; por un tosco pedrusco mas ó menos.

Todos lo sabeis; en la conciencia está de todos. El hacha y el fuego arrasaron nuestros montes y bosques, en términos de que apenas encontramos hoy una guarida, un seguro asilo contra las asechanzas de los hombres. Viviendo á salto de mata, y comiendo simientes y yerbas amasadas con continuos pesares y zozobras, ni los que por fortuna desconocéis el pesado yugo de la esclavitud, ni los que huyendo de ella, como yo, que tengo el honor de hablaros, y mi elo-cuente amigo el galgo, aquí presente, podemos en conciencia sufrir por mas tiempo la cruel persecucion que se nos hace.

—¡Es verdad, es verdad!—Contestó la asamblea á una, como los comparsas del teatro.

—En buen hora, continuó el encopetado burro, que los vencidos paguen á los vencedores lo estipulado; pero que no sea á costa del valor de una pobre mona, de un tití, ó de cualquiera otro de los respetables animales que me escuchan, aprisionados en infame lazo, ni de la mayor carga que me harían llevar, si me cogieran; ni de las dobles carreras que tendria que dar mi digno amigo el galgo, para completar el referido pago.

—¡Cierto, cierto!—repitió la reunion.

—En ese caso, prosiguió el orador, y puesto que todos estamos animados de un mismo sentimiento, podemos nombrar la comision que ha de esponer al Sultán nuestra justa queja, único señor que puede remediarla.

—Yo, por mi parte, nombro al galgo, que es un perro de conciencia, y el primer perro del imperio.

—Y yo al burro, que es todo un gran asno, y el primer jumento del imperio: contestó el ligero can.

—Nosotros á la mona *sabia*, que es la primera mona del imperio: dijeron las monas.

—Nosotros al mico *anciano*, que es el primer mico del imperio: contestaron los micos.

—Pues nosotros á la cotorra *eminente*, que es la primera cotorra del imperio: añadieron las cotorras y los loros.

—Que me place, saltó el burro con la sonrisa en los labios, eleccion tan acertada. Reunidos la filosofía, la práctica, la gracia, el talento y la elocuencia, debemos esperar un éxito completo; ó yo soy un pobre asno que no vé mas allá de sus narices.

—¡Oh, del éxito yo me encargo: manifestó el galgo, espulgándose los riñones.

—Y yo; dijeron á una voz los individuos todos de la comision.

—Así lo espero, replicó el burro; sin embargo, ¿no les parece á ustedes que podríamos relatar aquí, como por via de ensayo, la arenga que hemos de pronunciar ante el Sultan?

—¡Soberbio!

—¡Magnífico! Esclamaron todos, y que empiece el burro, como el mas sesudo de la asamblea.

—Señores...! balbuceó el burro, descolgando el belfo inferior.

—Nada de modestia; replicó la primera mona, remangando el superior.

—¡Que empiece, que empiece! gritaron todos.

El buen asno se recogió breves instantes, y dirigiéndose despues á un alcornoque, que cerca de él se hallaba, saludó profundamente, como si estuviera en la presencia del Sultan, y su discurso comenzó en estos términos:

—«¡Oh, tú, relumbrante alteza, á cuyas babuchs está la tierra, y todo el universo-mundo... y mi humilde *burralidad*!—

—¡Jum, jum! murmuraron los oyentes por lo bajo.

—«Yo, gran señor, que soy tan burro como el burro padre de la burra de Balaham...»

—¡Basta!

—¡Puf!

—¡Guau, guau!

—¡Fuera!

Interrumpióle disgustada la asamblea.

—¿Qué es esto? preguntó asombrado el orador.

—Que ni tu language, ni tus maneras son dignas de la alta mision que te se ha confiado. Replicóle amostazado el galgo.

—¿Y quién eres tú, chucho escuálido, replicóle arrogante el burro, para criticar las maneras, ni la elocuencia del primer burro del imperio? ¿Alzarás tu voz tan sonora y potente como mi rebuzno? ¿Llevarán tus lomos la pesada carga que pueden soportar los mios? ¿Derribarás de una cox al mas forzado mahometano, como yo hacerlo puedo?

Entonces ¿cómo te atreves á criticarme, á reprobar-

me, á escarnecerme si no te es dado hacer lo que yo hago? Calla, enmudece, escucha y admira. Soy inviolable.

—Te equivocas, orgulloso jumento. Callára mi boca si tu necia vanidad no te hiciera acometer temerarias empresas. Has querido salirte de tu humilde esfera y elevarte hasta pisar las gradas del trono que el Sultan ocupa.

Deja tu lugar á la mona sabia, al mico ó á la cotorra; ensayen sus fuerzas, que acaso lo hagan mejor que tú. Si así no fuere llevarán tambien su rechifla; que ante la justa y razonada critica callar debe la necia vanidad. Cuanto mas te exasperes, mas duros han de ser nuestros varapalos; que el cielo, si ensalza á los humildes, humilla á los soberbios.

¡Qué mucho que la verdad ofenda al género humano, quando hasta el burro echa mano de la inviolabilidad!!!

Una tertulia.

El invierno, como la electricidad, acorta las distancias; y esto es una verdad conocida de todos los que tienen la desgracia de vivir en paises donde se siente el frio, poco mas ó menos que en el nuestro. Cuando este huésped nos visita buscamos un rinconcito donde cobijarnos de esas largas noches, que empiezan á las cuatro de la tarde, y en las que hay tiempo para visitar veinte tertulias, si el miedo á una pulmonía no hiciera que nos estacionásemos en el primer punto donde el individuo encuentra lumbre y conversacion.

Una de esas noches, que el termómetro marcaba seis grados sobre cero, y en qué el frio primero que hemos experimentado nos daba el *quien vive*, como el centinela avanzado de los hielos, las escarchas y demás fruta del tiempo, encaminé mis pasos á casa de doña Síncope Frecuente, apreciable señora, que no tiene mas flaco que sus nervios que la tienen en continuo estado de exacerbacion. Dos hijas, hermosas como dos rosas á medio abrir, y pido perdon por la comparacion, formaban el conjunto del personal de la familia, excluyendo los criados, perros y gatos y el correspondiente lorito; pues doña Síncope había estado en América con su difunto esposo, que fué alcalde mayor de Quernabacoa.

Quando entré quedé gratamente sorprendido con la animacion de la sala y el ruido del piano, que habia oido desde la escalera y que me anunciaron que habria, tal vez, algun poco de reunion, á qué tan aficionadas se mostraban de antiguo las niñas consabidas; y digo *de antiguo*, no por que fueran viejas, sino por que desde muy pequeñas, la buena señora las habia acostumbrado á esta clase de reuniones, tan comunes en el dia.

Despues de los saludos de ordenanza, y sin dejarme tomar asiento, doña Síncope me cogió de la mano, y llevándome al piano dijo:—«ahora le toca lucirse al se-

ñor don Anacleto; cantará usted el ária del Trovador.»—Yo me persigné *in mente* y quedé horrorizado de la profanacion que iba á cometer; mucho mas cuando yo, que jamás canté bien, sentia aquella noche los primeros síntomas de un constipado. Pero no hubo mas remedio: me convertí en verdugo; y, aunque sin cuchilla, degollé despiadadamente la magnífica ária y fui aplaudido; lo cual no sé si fué haciendo honor á las orejas, no á los oídos, de los que me escuchaban, como justo galardón á la impasibilidad con que me lancé á consumir tan horrenda profanacion.

Mas para descargo de mi conciencia debo aquí hacer presente, que habia tenido ya varios precursores en el desempeño de otros papeles, de no menor importancia; por que como la reunion era de confianza, cada uno hacia lo que podia; y el que menos podia se echaba al colete una ópera entera de Verdi, ó de Rossini, inclusa la parte de coros.

Para dar descanso al canto las niñas de la casa tocaron diferentes sinfonías en el piano, entre ellas las imprescindibles en toda reunion de confianza de, *Guillermo Tell* y la *Sonámbula*. Es verdad que el piano, algo antiguo, no estaba muy afinado por añadidura; pero la habilidad de unos y de otros era tal, que pequeños lunares de esta clase pasaban desapercibidos; la buena voluntad en semejantes casos es infinita, y la nuestra era inagotable.

Doña Síncope, por no olvidar su nombre de pila, tuvo un amago de idem, á consecuencia de haber derribado el gato su monigote de china, que habia debajo de la consola, haciéndole mil pedazos; lo cual turbó por un momento la buena paz y armonía de la tertulia.

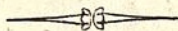
Pero como no hay cosa eterna en este mundo, se concluyó el repertorio de música y canto (con tal furor se habia *ejecutado*), y se dió principio á una conversacion soporífera, que despues de recorrer toda la escala de los pareceres acerca del tiempo, de los paseos y los teatros, produjo un marasmo general entre los concurrentes; empezando por los mamás, que torciendo la cabeza unas veces á la derecha y otras á la izquierda, presentaban el cuadro mas pintoresco de vai-venes que se puede imaginar.

Entonces empezaron conversaciones parciales y, deshaciéndose la general, cada uno se dirigió á hablar con quien tenia mas interés; y, como es consiguiente, escuso decir que el amor desempeñó uno de los mas principales papeles: por que donde hay jóvenes de ambos sexos que se aburren y mamás que tienen la política de dormirse, por fuerza han de jugar los ojos el lenguaje del corazon, cuando los labios enmudecen.

Yo, que me ví solo como un hongo, aproveché la ocasion para acercarme á Merceditas, una de las hijas de doña Síncope, y que, al parecer, estaba tambien vacante, pues se ocupaba en ojear uno de esos *albums* modernos en que la miserable vanidad humana espone la *vera effigie* del último mono, y dirigién-

dome á ella la pregunté la causa de aquella concurrencia, que no esperaba hallar. Entonces me contestó que, viendo que el frio empezaba, su mamá de acuerdo con ellas, habian invitado á las amigas y tertulios del año pasado para inaugurar las reuniones del presente invierno, y que aquella noche era la primera. «¡Oh felicidad! dije para mi colete, que he tenido la gran suerte de venir á formar parte de tan encantadora reunion!» Y entonces me acordé que, viniendo mi conocimiento con doña Síncope por la amistad con su marido, no habia querido asistir nunca á las reuniones de la mujer, porque conocia lo mucho que le disgustaban semejantes fiestas; pero mi pobre amigo habia muerto y ya podia, sin incomodarle, echar una cana al aire; y, haciendo el gallo coqueton, darme lustre entre tanta multitud de niñas y lucir mi magnífica voz de tenor; que, como decia mi patrona, era lástima no la luciera por las calles; pues habia de sacar muy buenos cuartos.

Ofrecí, pues, á Merceditas que volveria; y despidiéndome de todos los concurrentes, tomé mi sombrero y me marché á descansar sobre mis laureles, pensando que es una cosa escelente, para las noches de invierno, tener una casa donde le dan á uno lumbré, luz, calor, conversacion, música y por lo menos, un vaso de agua con azucarillo, y hasta amor, si tiene uno el valor suficiente para acercarse á una mujer en tertulia, olvidando que lleva miriñaque, almohadillas en la cabeza, y que se pinta, segun tuve el disgusto de observar en casi todos los concurrentes del género femenino á la tertulia de doña Síncope.



A un paje.

Hoy me inspira una musa
con pantalones;
musa, que hace unos dias
ó mejor, noches,
logra taimada
inspirar á los vates
de la butaca.

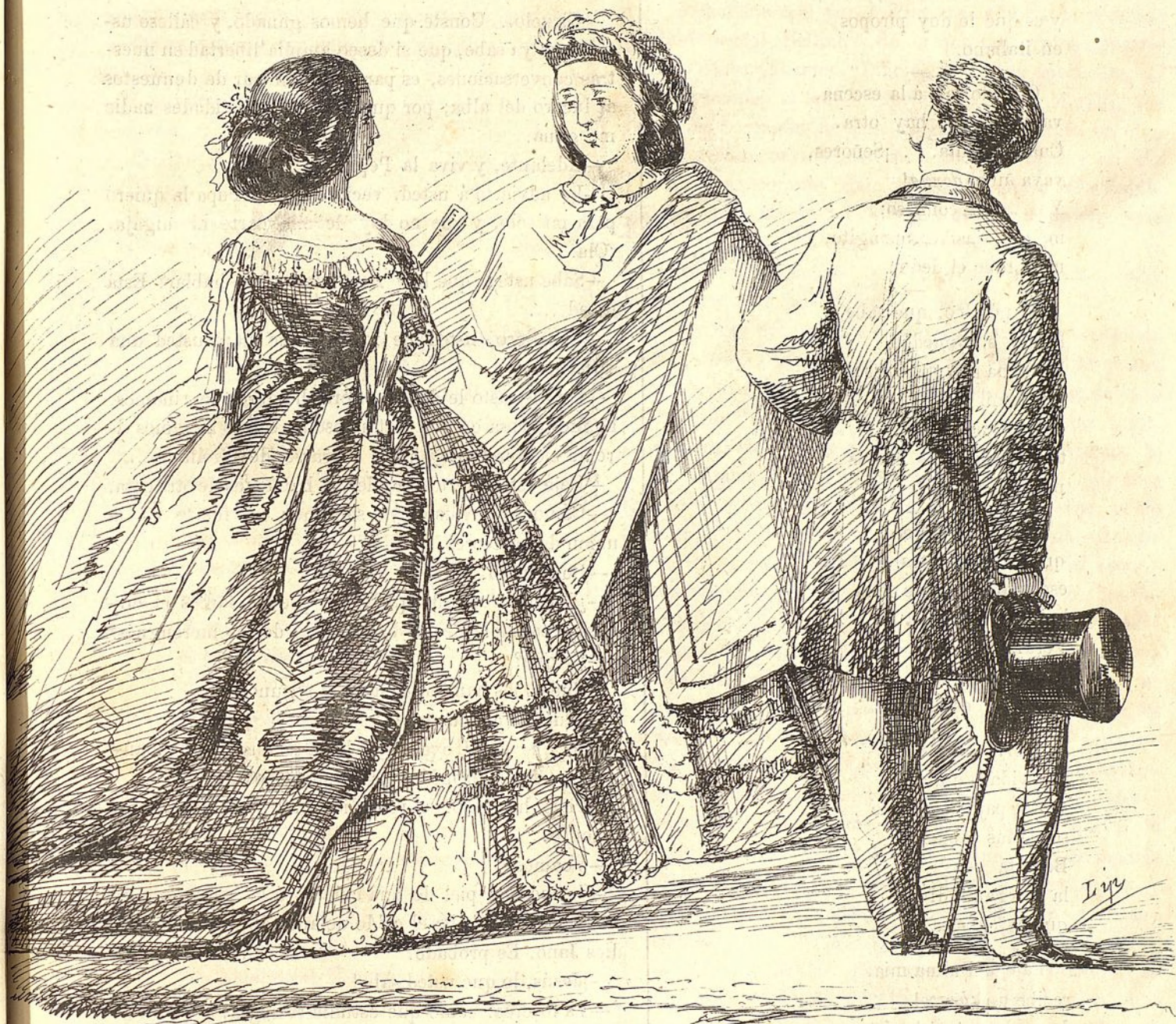
Hablo de un pajecillo,
¡bendito paje!
me ha vuelto con sus vueltas
negra la sangre.
¡Ay, santos cielos!
Quién pudiera. . . señores,
no hablemos de eso.

El es un paje-paja
segun la muestra;
un *paje* masculino,
y un paje, hembra.
Yo bien me esplico:
una niña que. . . Vamos,
parece un niño.



ECONOMIA DE ANTES.

Segun este figurin,
allá, cuando Dios queria,
una dama se vestia
con seis varas de alepin.



DESPILFARRO DE AHORA.

¡Qué diferencia de ayer....!

Hoy, de las telas mas caras,
no se hace con treinta varas
el traje de una mujer.

Figuraos, lectores,
una muchacha
suelta, bella, elegante. . .
¡con una cara!
Cara he nombrado;
y es que le doy piropos
en italiano.

—
Cuando sale á la escena,
vamos. . . no hay otra.
Cuando canta. . . ¡Señores,
vaya una *donna*!
Yo. . . lo confieso;
me entusiasmo, me agito,
me chupo el dedo.

—
El público, que sabe
lo que ella puede,
la anima con sus *bravos*
mil y mil veces.
Fuera mi dicha
tener doscientas manos
para aplaudirla.

—
Bendito sea Verdi,
que bellos cantos
escribió para que ella
lograra aplausos.
Verdi, de fijo,
oyéndola gozara
de haber escrito.

—
Martinico celebra
con vida y alma
ver al paje nombrado
sobre las tablas.
Bendita sea
la garganta divina
que así gorjea.

—
Paje del alma mía,
recibe un ¡*bravo*!
de un bravo apologista
de tus encantos.
El *Duende* quiere
que seas la hechicera
del pobre *Duende*.

Yo y mi vecino.

—Chum chum chum, catachum, chum chum.
—¡Vivaaaa! ¿Qué ocurre?
—¡Qué hemos ganado unas medias!
—¿Y para eso tanto ruido? A mí me habían dicho
que no llegaban á calcetines.
—Paparruchas: además, lo digo yo, y..... punto
redondo.
—También me han contado que los calcetines, sobre
ser de mala trama, tenían muchos puntos redondos.

—Don Cachipundio, usted me insulta. Convengo en
que las medias no son medias, ni aun calcetines, ni
peales; convengo en que tampoco son coloradas como
se deseaba; pero son tricolores, y algo es algo.

—Pero.....

—Ciruelo... Conste que hemos ganado, y cálese us-
ted; que ya sabe, que si deseo amplia libertad en nues-
tras conversaciones, es para poder llenar de denuestos
al lucero del alba; por que á decir barbaridades nadie
me gana.

—Adelante, y viva la Pepa.

—Le advierto á usted, vecino, que la Pepa la quiero
para mí solo, y que no doy de ella parte ni migaja.
¡Ola!

—Sabe usted que hoy no se le puede hablar? Está
usted.....

—Caballero, usted me insulta; me dará usted una
satisfacción.

—Un disgusto le daría... Pero, hombre, no riñamos.
Es fuerte cosa que en tratándose de calzas hayamos de
reñir siempre? Hay para colgarse de un álamo...

—Deje usted ciertos árboles, y hablemos de otra cosa.

—Como usted guste; ya sabe que mi fuerte es la
unión de pareceres.

—Convenido.

—¿Recuerda usted aquello de que hablamos el do-
mingo pasado? ¿Recuerda usted lo de los merengues?

—¿Y qué?

—Que se les han indigestado á algunos.

—¿Qué me cuenta usted!

—Lo que usted oye. Bien decia yo que ciertos man-
jares no son á propósito para estómagos delicados.

—Pues, hijo mio, el remedio á tales males es bien
sencillo.

—Veamos.

—Se cuece la piel de una culebra á la sombra de un
camaleón y se bebe el caldo delante de la estatua del
dios Jano. Es probado.

—¡Jesús, lo que usted sabe!

—Ya lo creo: como que estudié teología.

—Pues no le faltarán á usted parroquianos con tan
sábias recetas.

—Tengo mucha reputación: soy conocido.....

—Cierto: es usted un grande hombre.

—Yo le diré á usted; en cuanto á grande tengo una
estatura regular.

—¿Seis dedos sobre la marca?

—Don Cachipundio, no sea usted malévolo ó me
enfado.

—No nos enfademos: ya sabe usted que soy muy di-
plomático; y para probarlo, quiero, con cierta maña,
de cierto modo, satisfacer la justa curiosidad de al-
gunos señores.

—Pues qué desean saber?

—Quien escribe estos artículos: quien nos hace soltar
la taravilla.

—Pues es muy fácil. ¿Tienen mas que pregun-
tarnoslo?

—Ahi verá usted: en vez de escoger este medio tan sencillo, prefieren echárselas de adivinos, y se los atribuyen á Juan, á Pedro ó á Diego, y...

—Y no son de Diego, de Pedro, ni de Juan.

—Justo. ¿Quiere usted que les digamos quien los escribe?

—Antes será bueno que nos prometan el secreto.

—Eso es moneda corriente. Sépase, pues, que este artículo....

—Y el anterior....

—Están.....

—Escritos....

—Por.....

—Por.....

¡UNA PLUMA!!!!

Los curiosos.—¡Aaaaaaaaah!!!!

Lo que se hace y lo que se dice.

Es propio de pechos nobles
y de infanzones de pro
tomar venganza de su prójimo
rompiéndole el esternon.

Es muy justo que vengüemos
una ofensa si es atroz,
y muerda el polvo el cuitado
que á faltarnos se atrevió.

Y es rete-justo el zurrarle
el cuero sin compasion,
ejecutando un andante
con muchísimo bemol.

Que es propio de pechos nobles
y de infanzones de pro
acometer al inerme
á garrotazo feroz.

Que es noble tres contra uno
cargar así... en peloton,
viendo el toro desde vallas,
y silbando al que cayó.
¡Oh hidalguía! Tiempos corren
de gran civilizacion.

No así hicieran nuestros padres
tan caballeros, ah, no.

Esto es mas á la moderna;
se hace sin esposicion:
se hiere alevosamente
y que alcen al que cayó.

Por eso es justo, vecinos,
de hoy mas ir de dos en dos,
con coraza y giratoria,
armados con un *amstrom*,
lo mismo que el vaporcito
que llaman el *Monitor*.

Y donde quiera que un *bruto*
el garrote alce y la voz,
partirlo de un cañonazo,
que le haga pedir la uncion.

TEATRO.

Desde nuestra última revista se han puesto en escena algunas obras de que debemos dar cuenta á nuestros lectores.

Principiaremos por *I Puritani*, admirable creacion del inmortal Bellini, y de la que tan gratos recuerdos conservábamos. Dificilísima en su ejecucion, si esceptuamos la señora Marini y el señor Morelli, los demás cantantes no han llegado á la altura en que han sabido colocarse en las anteriores óperas; en *Un ballo*, por ejemplo. Han hecho, sí, esfuerzos laudables para salir airosos; y estos esfuerzos merecen toda nuestra consideracion. El coro, (¡siempre *ellas*...!) ha andado desafinado: y en algunos momentos, *ellos* tambien han padecido distracciones.

Despues del arreglo del señor Carreras y Gonzalez, *Por derecho de conquista*, con tan buen éxito y tan acertada ejecucion, puesto en escena, nos ha dado la empresa *Pagarse del exterior*, comedia en tres actos, original del poeta andaluz señor Flores Arenas. Si al juzgar esta obra *nos pagamos del exterior*, diremos que es bonita; que tiene graciosísimas escenas, como la del tresillo en el acto segundo, que está salpicada de chistes de buena ley, y escrita con tal espontaneidad que en muchos momentos creimos oir los fáciles versos del autor de *Marcela*: pero si profundizamos su argumento, diremos que es en extremo trivial; si analizamos sus personajes añadiremos que no son nuevos sino copiados del mismo Breton de los Herreros; quien ya nos ha presentado fingidos y trapisondistas amantes queriendo engañar á una cotorrona que sabe mas que Merlin y que, al fin, engaña al engañador; verdaderos amantes tímidos, que á la postre, cargan con el santo y la limosna; tíos modelo de tíos; coquetas ambiciosas; Didos abominadas y criados ladinos. Todos estos personajes ya los conocíamos; pero, copiándolos el señor Flores Arenas y haciéndoles hablar con tanta gracia y donaire, ha hecho en ellos, lo repetimos con satisfaccion, una agradable comedia, que el público *todo* oyó y aplaudió y que volverá á oir con gusto cuando la empresa determine su repeticion.

En esta misma noche se dió el sainete titulado *El fin del pavo*, del que no nos ocuparíamos si no fuera para aconsejar á nuestro amigo Domingo Garcia, que no se olvide del respeto que siempre profesa al público ó á la parte mas bella de él. Dirigirse á tal ó cual localidad para lanzarle lo mismo un piropo que una chanzoneta ó una invectiva, está justamente vedado al actor, que debe mirar siempre entre él y el espectador una valla, que se alza en las candilejas de embocadura. Para un artista tan cumplido como Domingo Garcia, estamos seguros de que este correctivo es suficiente penitencia á su pecado.

La empresa cometió un *lapsus calami* al anunciar la preciosa comedia del célebre Scribe, *El vaso de*

agua, como original del señor Gil y Zárate. Ello es que la anunció para la noche del miércoles; y nosotros que oímos una y mil veces que el público desea comedias de buena ley, digimos—«aquí tiene una»—y creímos que la concurrencia sería tan numerosa como la obra en cuestion merecía. Acudimos al teatro y... una ilusión mas desvanecida. El público temió sin duda al frío de la noche y se estuvo en su casita ó en la agena; lo cierto es que en el teatro nos encontramos *los mismos con las mismas*, y tuvimos que consolarnos con ver la comedia regularmente ejecutada y bien vestida por parte de algunos, mal sabida y peor vestida por la de otros, cuyos nombres llamamos por consideración al sexo y á la categoría, y vimos mesas de tresillo en palacio, que mas parecían de bodegon ó de taberna, con un par de velas muy cucas y unas flores-pantallas mas cucas todavia. ¿A quién debemos culpar de tamaños descuidos? Un poco mas de cuidado, porque el público está muy en guardia, y nada disimula.

El jueves se puso en escena *El caballero pobre*, comedia sentimental, traducida del francés. Tomado su argumento de una novela belga, ha sido necesario aglomerar los acontecimientos en el reducido espacio de dos actos, haciendo por consecuencia, que aquellos se precipiten. El acto segundo es muy bueno, especialmente en el desenlace, que es, aunque natural, imprevisto. La comedia fué bien desempeñada por las señoras Duclós, Martín y Calmarino; y los señores Guerra, Domingo García, Aguirre, Parreño, Buron y Barta. No dejaremos, sin embargo, de hacer especial mencion de la señora Martín, que estuvo inimitable, recibiendo en justo premio repetidos aplausos de la concurrencia. La pieza *Delirium tremens* es un conjunto de desatinos que hacen reír: y en ella estuvo á la altura de su reputación Domingo García, muy bien secundado por las señoras Martín y Calmarino; y los señores Parreño, Compte y Barta.

Concluiremos esta revista diciendo, que la linda comedia del señor Rubí, *República conyugal*, fué muy bien interpretada por las señoras Duclós y Menendez; y los señores Guerra, García (don Juan) Parreño, Compte y Barta.

En el número de la próxima semana nos ocuparemos de la ópera *Lucrezia Borgia* y demás novedades que la empresa nos dé. Nos despedimos, pues, hasta el domingo que viene.

Noticias varias.

Aconsejamos á la empresa de nuestros teatros que piense en elegir un número determinado de funciones por mes, destinadas á la grito del público. Que al pié del anuncio, y como llamada, advierta *Esta función será silbada*. Con este sencillísimo sistema se le llenará la casa y podrá decir al compás de la bulla—*Dáme pan y llámame tonto*.

El apuntador de verso señor Castellote que se lar-

gaba á apuntar á otra parte, ha sido pescado cerca de Soria y se le trae aquí, *vellis nollis*, á que dé cuenta de no sé cuantas fechorías que ha dejado, como recuerdo, á la empresa y á otros varios sugetos. El año anterior hizo lo mismo; se le atrapó en Calatayud, se le trajo aquí cómodamente en diligencia, se cubrieron sus trampas y se quedó todo como si tal cosa hubiera sucedido. Visto lo cual el señor Castellote volvió hacer de las suyas y puso pies en polvorosa para que ogaño se le traiga en silla de posta, se le paguen sus trampas, se le rehabilite y aun se le regale como á cuerpo de rey. Ventajas de hacer bien á quien siempre obra tan mal.

Nuestros cantantes comienzan á sentir el frío en el fríasimo palco escénico. La última noche que se cantó *Un ballo in máschera*, en el segundo acto, acudieron á la gruta de la maga *Ulrica* el señor Morelli embozadito en su pesada manta; el señor García tapadito el pecho y parte de la barriga, que estaba al aire libre en las anteriores representaciones de esta ópera, y hasta creemos que puso trabillas á sus pantalones, izados antes en la parte superior del muslo. El señor Piccinini se arropaba cuanto podía con su capotillo; y todo esto era tan natural cuanto que nosotros los espectadores, muy arrellanados, muy cómodos y envueltos en nuestras capas, dábamos diente con diente. El frío era tal que se helaron las notas que debía cantar el señor Ferlotti, y tememos que continúen heladas hasta el próximo verano. Es mucho teatro el nuestro.

Epigramas.

Es tu boca, Beatriz,
boquete de bala rasa,
de tus dientes digna casa,
bodega de tu nariz.
Siempre que, dando un bostezo,
la abres, muerde á tus orejas;
y si cerrada la dejas
es corona del pescuezo.

Juan dice que es un lucero:
y aunque algunos avestruces
le burlan, probarlo quiero:
es el que enciende las luces
en un teatro casero.

Juana es mala á no dudar;
y siendo mala y mujer,
claro está que debe ser
un caballo sin domar.
pues nadie en la villa duda
que vive en paz con su esposo.
—¿Será porque él es calmoso?
—No, señor; porque ella es muda.

Editor responsable: MANUEL ALLUE
Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862